

Mujeres cuentistas

Antología de relatos



Ediciones de
BAILARIN
SO
Narrativa

Mujeres cuentistas



INÉS MATUTE¹

En el espejo

Había visto una imagen similar en un cuadro del museo de arte moderno, años atrás: el perfil de los tejados oscuros recortado sobre un cielo añil, insignificantes escaleras tubulares y un bosque pardo de antenas y chimeneas. El cuadro se titulaba *Nocturno*, y, en él, una mujer de espaldas, en primer término, apuraba un cigarrillo.

La música llegaba hasta su ventana invitándola a participar, pasivamente, de una fiesta que en ocasiones se prolongaba hasta el alba. Se trataba de un curioso *pas à deux* que, acunado entre gemidos, ejercía de bisagra entre la noche y el día. Los vecinos tenían esa maldita costumbre, una manía que la sacaba de sus casillas. Su canción era *Marooned*, de Pink Floyd; de tanto oírla ya la había memorizado. Cada noche, a las once, las notas acariciantes de *Marooned* y la intromisión de la luz encendida, como si en lugar de hacerlo por amor o por vicio lo hicieran por puro exhibicionismo; tal vez aquellos furros no tuvieran otro objeto que ser autenticados por sus ojos, corroborados por su escepticismo.

Los movimientos de la pareja, ralentizados tras esa dura jornada que su imaginación les atribuía, tenían en ella un efecto hipnótico. «Seguramente están borrachos o

colocados», pensó molesta. «Son unos cerdos». Pero estaba excitada, maldita su suerte, excitada, como cada noche.

El camión de la basura acudió a su cita diaria minutos después de que Lucía encendiera el segundo cigarrillo. Últimamente fumaba demasiado, desde lo de Carlos. Carlos. Tan fogoso y atento al principio, tan mujeriego, perdió en seis meses todo interés por ese cuerpo que ella mantenía joven y sano gracias a carísimas cremas y a maratónicas sesiones de gimnasio. ¿Cuál fue tu error, Lucía, dónde le fallaste? ¿Fallaste acaso el día en que cumpliste los 38 y comenzaste a estar más cerca del declive? Pronto te cambiarán por dos de veinte. Lo has oído ya demasiadas veces, a punto estás de asumirlo. Tras arrebujarse entre los pliegues del gastado edredón que la cubría, Lucía se acodó en la barandilla del pequeño balcón. Abajo, los basureros comentaban de viva voz los últimos goles del equipo local mientras las tufaradas acres de las bolsas de basura se confundían con el mareante aroma de los geranios.

La luz proveniente del interior del dormitorio se matizaba por efecto de un pañuelo de gasa roja estratégicamente colocado sobre la pantalla de la lamparita. La habitación desordenada, como siempre; los dos jerseys desmayados junto a la cama, los *pantys* sobre la mesilla, la falda tirada de cualquier manera, al lado del televisor. A veces ponían películas pornográficas, eso les ayudaba a calentar

motores. Eso y la maldita canción de Pink Floyd, quizás recuerdo de su luna de miel o de algún episodio morboso que su fantasía perfilaba al detalle. Esa noche, sin embargo, el numerito prometía. Incluso se habían tomado la molestia de cambiar las sábanas. La mujer que yacía sobre la cama se había rasurado el pubis. ¿Se trataba acaso de otra mujer? No, la reconocería en cualquier parte, los pechos blancos y generosos, las caderas anchas, el arco entre los muslos demasiado pronunciado, las uñas de los pies pintadas de rojo —no así las de las manos— y esos gestos huidizos que le había visto componer mil veces.

Lucía había pasado muchas horas observándola durante el preludio al placer, crispada por el placer, abandonada tras el sexo. Placer. En el placer la conocía mejor de lo que se conocía a sí misma. A pesar del espejo que Carlos colocó a pie de cama, ése en el que a veces se sorprendía a sí misma haciendo cosas que la avergonzaban. El cuerpo del hombre también le resultaba familiar. Era un ser menudo de movimientos gatunos, la cabeza afeitada, el torso velludo y unos glúteos respingones. La chica parecía sensiblemente más alta. O más larga, pues ella siempre la veía tumbada. Las primeras veces que le vio no le encontró atractivo, pero pronto fue seducida por aquella manera tan suya de interpretar el amor e improvisar sobre la marcha.

El camión de la basura dobló la esquina y desapareció en dirección a la Avenida Argentina, donde volvería a pararse frente al escaparate de «La fuerza del destino». Los vecinos

del barrio sabían que el dueño del local, caprichoso hasta el delirio, mantenía una cláusula fija en los contratos de arrendamiento: la lonja se prestaría al desempeño de cualquier oficio, pero el nombre comercial debía preservarse a toda costa, absurdo testimonio de dios sabe qué revés o buena fortuna. Se rumoreaba que al propietario le había tocado la lotería. «La fuerza del destino». Con el tiempo el nombre de aquella mercería se le hizo odioso.

Impacientándose por momentos, Lucía volvió los ojos hacia el dormitorio de sus vecinos, atravesó el vergel del alféizar de su ventana, y observó que el hombre abría, con extremo cuidado, un diminuto sobre azulado. Se preguntó entonces si alguna vez habrían sentido el peso de su mirada fija, si jamás habrían sospechado, dado el atronador volumen de la música, que sus movimientos eran espiados.

Los polvos, pues eran polvos, emergieron de su escondrijo. Con dedos hábiles, unos dedos que a menudo dibujaban arabescos sobre la piel de la muchacha y cuyos movimientos ella memorizaba con la precisión propia de toda mente obsesiva, él perfiló una raya. Del sexo al ombligo. El cuerpo de la vecina permanecía muy quieto, a la espera de acontecimientos. Durante más de diez minutos Lucía observó los movimientos de su lengua. La chica tenía los pezones erectos, apretaba las sábanas entre los dedos. Luego la cabeza se perdió entre sus muslos. Aquel hermoso cráneo afeitado.

Excitadísima, giró sobre sus talones y entró en su habitación. Bebió agua. Los relojes anunciaban la media noche, el inicio de un nuevo día, un día más sin el calor de Carlos. ¿Y qué? Por ser la encargada de los cajeros automáticos del Ensanche, antes de las ocho ya estaría en el banco. Hacer el arqueo, cambiar el papel de los recibos, colocar los billetes en los cajetines y, sin perder ni un minuto, volver a la sucursal y gestionar la cámara de compensación. A las diez en punto se sentaría frente a la ventanilla de caja y despacharía a los clientes con la mejor de sus sonrisas. Pero antes de emprenderla hacia los cajeros automáticos, su compañera llamaría a FinAsur y concertaría, como cada día, el seguro.

«Irá por la Gran Vía. Lleva un impermeable negro y un paraguas rojo.»

«¿De cuánto lo hacéis hoy, reina?»

«Cincuenta mil.»

«¿No es mucho?»

«Te recuerdo que hoy es viernes.»

«Cierto. ¿En el bolso?»

«Sí, en el bolso.»

«El día menos pensado le dan un tirón.»

«Dios no lo quiera.»

La luz de la habitación de los exhibicionistas aún se mantenía encendida cuando Lucía, sudorosa y agitada, decididamente cerrada a la marea de los recuerdos, se

abandonó al sueño. Los gatos copulaban por los tejados, la madrugada crecía con laxitud y una suave brisa mecía las ramas de los plátanos. Las cortinas del balcón. Respirando o avasallando. En realidad parecían velas.

«El día menos pensado»... «Dios no lo quiera»...

Poco después despertó, y con la tibieza del sueño pegada a las sienes, Lucía notó algo extraño, una nota discordante que no acababa de encajar en la escena que ante sus ojos se bosquejaba. Sobre la mesilla, el radio despertador, la botellita de agua y la caja de los *Kleenex* perfilaban sus aristas. Las tres treinta. Un tres, dos puntos, un tres y un cero. Maquinalmente asió la botella, bebió un par de sorbos y aguzó el oído. En realidad necesitaba oír cualquier cosa, los ronquidos del estudiante que dormía pared con pared contra la cabecera de su cama, una tos lejana, incluso la maldita insistencia de la canción de los vecinos. Cualquier sonido que confirmase que no estaba sola en el universo, que en su vida había más vida, más personas y más emoción que la que en ella despertaba el espectacular crecimiento del poto y el rabioso color de las begonias.

La música, engastada en el corazón de la noche, había cesado. Lucía se puso en pie, y antes de decidirse a dar un paso, se echó la manta sobre los hombros. Al pasar por delante del espejo se quedó perpleja. La cuatro y veinte. ¿Las cuatro y veinte? Instintivamente giró la cabeza en dirección a la mesilla. Las tres treinta y dos. Luego el espejo. Las cuatro y veinte. Se frotó los ojos. «¿Qué diablos...?». Comprendiendo que aquello que se disponía a

hacer era una solemne tontería, tomó el radio despertador entre las manos y lo acercó al espejo tanto como el cable que lo mantenía unido al enchufe se lo permitía. ¡Demonios, aquello era imposible! Convencida de que su imaginación le jugaba una mala pasada, Lucía arrojó el aparato sobre la cama, frunció el ceño y accionó el interruptor de la lámpara, cuya luz reverberó frente a sus ojos segundos antes de extinguirse. Luego fue al baño y orinó pensando en Carlos. Carlos no era como el vecino, Carlos no era bueno en la cama. Y en la cama se es o no se es, eso no se aprende.

Cuando regresó al dormitorio los números verdes le dieron la bienvenida resplandeciendo aún con mayor intensidad. «No seas tonta, en realidad lo estás soñando, Lucía, tú estás dormida y bien dormida. Seguramente, como muchas otras cosas que ni siquiera sospechas de ti misma, eres sonámbula».

Entonces oyó la música, una cantinela alegre y zigzagueante, italiana. Sus pies se detuvieron en seco, a medio metro de la cama. Desde donde estaba podía contemplar el cuadro al completo, el despertador arrumbado entre las sábanas, su reflejo en el espejo, las vaporosas cortinas invadiendo la estancia y la música novedosa colgando sus notas al otro lado de la calle.

Se le encogió el estómago. Las horas seguían sin concordar, y los cuarenta y ocho minutos de diferencia se mantenían a pesar de que ambos relojes, el real y el

reflejado, señalaban en ese instante cuatro minutos más de la hora que marcaban la última vez que los viera y comenzase a intuir que su cabeza no funcionaba como debía.

Tropezando con el galán de noche y con un par de libros que yacían sobre la moqueta, Lucía ganó la puerta del balcón no sin antes aprovisionarse del paquete de cigarrillos. Sus ojos, imantados por el resplandor que emanaba de aquella ventana, buscaron de inmediato el rectángulo anaranjado sobre la anodina fachada del edificio. La luz seguía encendida, la pareja unida en amoroso abrazo. En su nueva postura la mujer se mostraba tendida de espaldas a ella, uno de los brazos del hombre la sujetaba por la cintura, los dedos muy separados. Desde ese ángulo incluso le pareció más esbelta, sí, mejor construida, los tobillos lucían considerablemente más finos y su aspecto general era más atlético. La cara del hombre, girada hacia ella, parecía muy relajada. Hablaban.

Con dedos temblorosos, Lucía encendió un pitillo. La llama se le resistió tres veces. Encender ese cigarrillo antes de la cuarta intentona le pareció, por alguna incomprensible razón, asunto de vital importancia.

Resentida. Resentida e incondicional a partes iguales, esos eran sus sentimientos hacia Carlos. No ignoraba Lucía que antes o después aprendería a renunciar a él con naturalidad, sin rencor ni inquina. Pero ese día aún no había llegado. Y eso era algo que había comprobado la

misma víspera, a raíz de un comentario de la perspicaz Eugenia: «¿Sabes lo que dice el doctor Rojas Marcos? Pues dice que el amor es como el Quijote, y que sólo recupera la cordura instantes antes de morir». Su amor por Carlos, sin embargo, había recuperado la cordura treinta días antes de que de él sólo quedase un pijama con la cinturilla cedida y seis meses de cruel estafa.

A su cigarrillo apenas le quedaban dos caladas, y de un momento a otro tendría que volver a enfrentarse al duro abrazo de aquel colchón que aún conservaba la huella o el negativo de dos cuerpos. Pero antes, inevitablemente, pasaría frente a los azogues y comprobaría el espesor de su espejismo. Como despidiéndose de ellos, de esa música italiana que tenía un pellizco de jazz y un mucho de verbena, Lucía volvió la mirada hacia los amantes. La chica se había girado, y ahora podía verle la cara. Sonreía.

¿Cómo es posible...? ¿Y ahora...?

Ante sus ojos se perfilaba la imagen de otra mujer, una muchacha felizmente entregada. El pelo era diferente, más corto y ondulado, los pechos también parecían haberse comprimido, pechos duros y no descolgados. Pezones color café. El vientre plano, musculado, las piernas morenas, recias, las uñas de los pies pintadas de azul intenso, probablemente violeta. La alegre música de Paolo Conte se adueñaba de la noche.

No creer lo que se ve, creer lo que se siente, creer en lo

que no se tiene.

Entró en la habitación a trompicones, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas ardientes y duras como bolas de plata. El espejo. Los dos relojes seguían allí, hermanados en su error, contrarios en sus horas y en sus dígitos. Pero no era eso lo más grave, no era esa la nota discordante que antes percibiera sin llegar a darse cuenta de lo que en realidad acontecía. Lo que la realidad le presentaba, con brumosas pinceladas de cuadro de Chagall, con absurda lógica deconstructora, era aún más inaudito que aquello que fugazmente había intuido: el espejo no le devolvía su imagen puesto que hacía rato que ella, Lucía la insomne, Lucía la mirona, Lucía la loca, había abandonado el cuarto para alzar el vuelo sobre las copas de los plátanos y los brazos de las antenas, sobre chimeneas, gatos, tejados y cortinas que respiraban como velas. Lucía, o lo que de ella quedase, no era otra que la mujer que desde la habitación del fauno le sonreía con una boca que era la suya, con unos ojos que la miraban sin verla, sumisamente abrazada al familiar cuerpo del vecino.

Traspunte

Hotel Europa, un abrigo color oliva y un bolso rojo y pequeño, gastado. Cuando me preguntan por mi nombre les digo llamarme *Sissí*, a la manera imperial, por no dar pistas y al tiempo ser lo que nunca he sido. Lo que nunca seré por un error de filiación, calendario o nacimiento. Si cierro los ojos, aún siento el calor del hombre, su peso y su olor corporal, el camino de la baba vientre abajo. También percibo, inexplicablemente, el peso de los billetes apretados en el monedero. Son tres los títulos que expresan mi disconformidad con un destino de pobreza; tres los recordatorios del asco que pese a todo me salvan del naufragio. Sí, lo hago de vez en cuando, ¿y qué? Sólo es parte del humus de la vida y, para mí, plata y trabajo.

Para volver a casa recurro hoy a la línea 48, la que muere en el teleférico. Raramente tomo ese colectivo, no me gusta el trazado que recorre, los barrios que descubre a su paso. Pero llueve demasiado, y no hay lugar para exigencias absurdas. Emboscadas tras una cortina ocre, las camareras del Jamboree me observaban salir del Europa con cara de chisme, maliciosas. Tratar con ellas, discutir de cualquier cosa, es un forcejeo del que siempre salgo malparada. ¿Qué tal si hablamos del tiempo? ¿Del precio de la leche, de los

nuevos impuestos, de la ineptitud de quienes nos gobiernan? No, gracias.

Siempre me ha chocado la costumbre, muy común por estas latitudes, de colocar una rejilla metálica en la planta de los colectivos. No tiene lógica. Si una llave o una moneda cae al suelo, difícil resulta no perderle el rastro. Seguramente se hace a fin de no acumular más cochambre, tal es la falta de higiene en esta parte de La Aérea. Por distraerme de la visión del agua que corre bajo la panza de nuestro transporte y cuyo nivel alcanza ya una altura inquietante, me concentro en los rasgos de mis compañeros adivinándolos clase obrera, renegados. ¿Cómo me verán ellos a mí, embutida en mi triste abrigo de borrrilla? Ella, Elia Pereda Benhanyer, como más tarde supe, intentando evitar el roce y acompañada por tres criaturas que, estirando de los pliegues de su falda, la reclamaban a cada instante, me salvó de la apatía. Agobiados por aquella batería de rufianes, los muchachitos se revolvían incómodos. También ellos maldecían su suerte y parecían estar agotados.

Tras atravesar el sur de la ciudad por su lado más vistoso, acometemos el ascenso al Monte Orinche, donde los antepasados de los indios libraron su más cruenta batalla. En la cima del Orinche, un desmoronado barrio conocido por La Victoria conmemora el único éxito de esta estirpe de guerreros, la cantada carnicería de puntas y piedras contra las flechas invasoras. De allí arranca el

teleférico y allí mueren todas las líneas del interurbano. Desde el promontorio se abarca un valle llamado De la sangría, el curso del río entre meandros y también el mar, como una pesada franja gris plomo, a lo lejos. Desde cualquier punto de La Aérea es posible y recomendable contemplarlo. Pese a todo, el océano queda lejos y no cuenta como opción de recreo. Seguramente ese dato, el de las aguas aceradas y distantes, el de las aguas ensimismadas, no tenga otro valor que el de un mal presagio.

Ha pasado mucho tiempo, pero recuerdo con nitidez la imagen que del puente tenía en mi primera infancia. Era un abrirse a la luz atravesarlo hacia la ciudad a media tarde, en un bautismo de sol dorado, bañada en lavanda y jabón de Marsella. Reluciente, inocente. Apretando la mano de mi madre, íntimamente orgullosa, yo me percibía pequeña, pero a la vez grande y de piel mundana. Buenos Aires, Broadway, así imaginaba yo las calles de Montevideo y del lejano Mar del Plata. Los cines, los teatros, las cafeterías que yo creí lujosas, todo ello aguardaba, como una falsa promesa, al otro lado del puente. Por la noche, al regresar a casa, cruzar el monstruo equivalía a claudicar en lo más hondo, un resbalar a los infiernos. Con el mancillado brillo de los zapatos de charol en las pupilas, tocaba encarar la grisura de los barrios pobres, el polvo de la cementera y el mercadillo desmantelado. Las vías del tren, engullidas hoy por el nuevo curso del río, desplegaban sus arterias entre

basura y nidos de lagartos; arriba, una bóveda mohosa, abajo, la miseria y sus hijastras. Aquel puente era el arco entre dos mundos imposibles, entre el Broadway imaginario y La Aérea, el salto irresoluble entre dos nada, la engañosa nada de neón y la nada verdadera.

Si me concentro, soy capaz de evocar la primera imagen de Elia, los ojos gachos y esquivos, lista para ser tomada por idiota. ¿Fueron esas miradas, cruzadas, el primer balbuceo de lo que luego vendría? La carpeta, negra y blanca, anudada por sendos lazos de raso, cubría casi por completo uno de sus flancos. Un elemento que importunaba, que se clavaba en los costillares de los hombres y rozaba las mejillas de los muchachos. A cada encontronazo, Elia se aferraba a sus solapas, como si el contenido custodiado en su interior fuese asunto de vital importancia. Cuando nuestros ojos se encontraron en un fogonazo —hubo un flash de reconocimiento, de tal vez *luego y en otra parte*— desvié la vista hacia la ventana, posteriormente hacia el suelo, donde creí ver varias anguilas luchando por vencer el tirón de la corriente. Pasados cinco minutos, llegamos a una zona de comercio al por menor, tenderetes de artesanía mapuche y casitas bajas. Hermoso y pintoresco sólo si no se tiene intención de frecuentarlo. Paralelas, las fachadas se sucedían idénticas en ausencia de vida; también eran iguales los harapos que colgando de los tendales bailaban bailes de espantapájaros. Algunas pintadas, del habitual verde combate, animaban

los muros en un último intento de reivindicación histórica. En ese instante, no pude evitar preguntarme si también ellos lo sentirían, la espinita de la angustia clavada en la garganta, la pregunta de la existencia asomando a los ojos y no encontrando respuestas. Taciturna, añoré los días en los que el sol se estrella contra las aceras y el mar despliega sus azules más intensos. Añoré también los lazos de algas enredadas en los dedos de los pies, el salitre seco en el bañador y los pasatiempos sobre la arena.

Mientras tanto, el agua seguía subiendo. A mi pesar recordé la inundación del año 75, los cuerpos hinchados y tumefactos, los rostros devorados por las lampreas. Las marcas en los muros aún recuerdan la máxima altura alcanzada; los negociantes ricos mandaron poner placas. Incluso en eso delatan su insufrible arrogancia: los hay que les place por igual gastarse la plata en adornar la dicha o la desgracia... Y en lo de las placas andaba cuando Elia decidió su parada. Sin razón aparente, movida por una corazonada, empujé a la mulata que viajaba a mi lado y gané la calle. Como arrojadas a cubos, las gotas de lluvia empaparon mi cara. Para cuando conseguí resguardarme, el abrigo rezumaba. Decidida, chapoteé tras sus pasos notando algo viscoso moverse en el barro líquido y rozar mis corvas. Luego se sucedieron ciertas reacciones que no me son del todo desconocidas: el impulso, el no preguntarse, el repetido error de ver pasión donde sólo hay problemas.

Mientras así reflexionaba, el grupito enfiló por una calle

angosta perfumada de bosta de caballo. Al llegar al número quince, el paraguas se cerró y los niños enmudecieron. Sin poder explicar por qué, quedé a la espera.

—Apresúrense —gritó ella clavándome los ojos de la desconfianza— que el agua está subiendo y las anguilas podrían morderlos.

Aceptando que la oferta me incluía, reanudé mi marcha, apresurando mis pasos bien pegada a la fachada. El mensaje que su inquietud transmitía aceptaba múltiples interpretaciones, pero sólo una era la correcta.

—Pase, pase, no le vaya a pillar la crecida —invitó Elia.

—Gracias. Es usted muy amable.

—Viene por los dibujos, ¿no es cierto?

—Exactamente —dije sin tener idea de lo que allí se negociaba.

—¿Tiene experiencia en posados?

—Poso desde hace años —añadí bajando los ojos.

—Es muy linda —añadió ella mirándome de arriba abajo —haremos un buen trabajo.

Escalón tras escalón, pensaba yo en la incomodidad causada por aquella mirada sobre el cuerpo poco adivinable bajo el abrigo empapado, remota sensación cuando esa misma mirada me la factura un hombre.

—Por cierto, ¿cómo supo la dirección?

—Los porteros del Jamboree me la proporcionaron — mentí.

—Ahá —asintió removiéndolo en el bolsillo de su chaqueta —; algunas veces me dejó caer por allí. Hace seis meses pinté bailarinas. También dibujé al conserje, ya sabe, ese enanito pelirrojo y antipático.

—Tienen chicas muy vistosas, eso se comenta —añadí por decir algo.

—Pinto a las menos agraciadas. Como Toulouse Lautrec, siento pasión por lo ridículo y me atrae lo extravagante.

—Nada que objetar: a cada cual sus preferencias.

—Nos cebaremos un buen mate, y luego nos pondremos a trabajar el dibujo. Como salga, ¿le parece? Sin toques de efecto.

Lo extravagante, la ofensa. Mientras esperaba de pie junto a la puerta, me maravillé de la compostura de los niños, de sus miradas redondas. Mi presencia no les intimidaba. Entramos. Un suave olor a huevos fritos y a baquelita quemada flotaba en el aire.

—Pase —dijo ella accionando el interruptor de la luz—. Al fondo están el *living* y la cocina. Prepararé algo caliente, debe de estar heladita, así, sin paraguas y con esta lluvia tupida...

—Se lo agradezco.

Decidida, dirigió sus pasos al extremo opuesto de la cocina, demorándose frente al frigorífico. Una vez allí, titubeó unos segundos. ¿Por qué razón? Sin la chaqueta y el cortejo de los niños, se me hizo diminuta. Cintura muy fina, piernas bien torneadas, bonitas. Pelo muy negro, con brillos de crin de potrillo. Le calculé treinta años, tres décadas encarnadas en una de esas mujeres que, si quieren, encandilan.

El interior de la nevera, comprada para durar lo suficiente, mostró al fin su contenido. En el centro, una gran tarta y, a su lado, una vaca de porcelana a modo de lechera. Al cuello del animal, un cartel: «*Diet plan*», un objeto muy gringo, de manufactura discordante.

—¿Le gusta la tarta? La hice yo misma.

—Mucho, se la ve muy trabajada. La letra M, ¿es por su nombre?

—No. Es por el nombre de un tipo. Me cargó de hijos, pero no dejó plata para alimentarlos. ¿Y usted?

—¿Perdone?

—Su nombre

Evidentemente, el nombre de la emperatriz se nos salía del cuadro.

—Virginia

—Tanto gusto. Yo soy Elia. De los Benhanyer de Puerto Cardo.

No me molestó esa pequeña muestra de vanidad provinciana. En realidad, son pocas las cosas que me molestan a estas alturas de la vida. Por su parte, los niños aguardaban con los brazos cruzados sobre una mesa de formica avejentada por el uso. Parecían juguetes de ventrílocuo, muñecos de palo. Me pregunté por su padre, por aquel entorno vacío de su rastro, vacío de los ecos de un alma masculina. No, allí no sólo faltaba plata. Faltaba un toro para montar a la vaca que hacía dieta en aquella nevera despoblada.

—Mi padre era médico; mamá arreglaba jardines. Hoy la llamarían paisajista. Se llamaba Gertrudis, Gertrudis Benhanyer. Tal vez haya oído hablar de ella...

—Lo siento, creo que no...

Los tambores de la lluvia golpeaban los cristales con una furia creciente. Me sacudió un escalofrío y comencé a desear el mate, el tranquilizador tacto de la bombilla contra las yemas de los dedos. Calculando al milímetro, deposité mi bolso sobre la mesa, luego crucé las manos sobre el regazo y esperé intentado controlar los diversos picores que me nacían bajo la falda. Sonreí a los niños disimulando mi desazón con gran un despliegue de dientes. Afortunadamente los tengo bonitos, grandes y muy blancos. Casi perfectos.